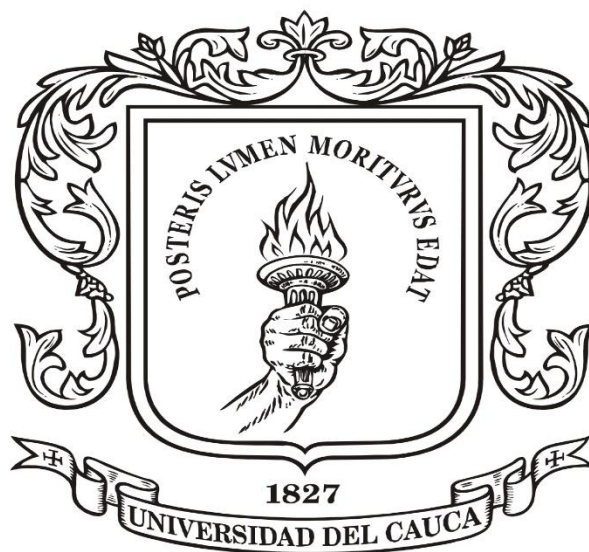


EL AVANCE TECNOLÓGICO Y LA MALA CONCIENCIA

CRISTIAN DAVID IBARRA MUÑOZ



Universidad
del Cauca

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE FILOSOFIA

2020

EL AVANCE TECNOLÓGICO Y LA MALA CONCIENCIA

CRISTIAN DAVID IBARRA MUÑOZ

Trabajo de grado presentado como requisito
para optar por el título de Filósofo
Modalidad: Seminario de Grado

Mg. ELENA ISABEL HIDALGO MESÍAS
Directora

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

2020

PREGUNTA

A partir de la filosofía de Nietzsche ¿Cómo el avance técnico y tecnológico puede influenciar en el desarrollo de la “mala conciencia”?

OBJETIVOS

OBJETIVO GENERAL

Identificar si el avance técnico y tecnológico puede influenciar en el desarrollo de la “mala conciencia”.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Explicar el concepto de conciencia en Nietzsche y reconocer sus implicaciones teóricas.
- Señalar los conceptos para la comprensión de la mala conciencia: culpa, deuda, crueldad y memoria
- Distinguir las posibles influencias del avance tecnológico sobre la mala conciencia y sus conceptos clave.

Contenido

Introducción	pág. 5
Capítulo 1. Conciencia y mala conciencia	pág. 8
Capítulo 2. Guerra tecnológica y mala conciencia	pág. 19
Conclusiones.	pág. 32
Bibliografía	pág. 35

Introducción

El acelerado avance de las ciencias en los últimos siglos, y sus resultados, traducidos en adelantos tecnológicos, ha conllevado el afianzamiento de la idea del progreso constante de la humanidad. Estos cambios, progresiva y permanentemente, alteran todo el entorno en el que se desarrolla la existencia humana: cambios en las formas de producción económica; transformación de la relación entre los gobernantes y los gobernados; modificación de las relaciones sociales; e incluso, hay una mutación de la percepción que tenemos de nosotros mismos, tanto como especie, como de manera individual, con lo cual hay un viraje en la percepción que tenemos sobre la naturaleza y los otros seres vivos.

La industrialización, basada en la aplicación utilitarista de los descubrimientos científicos, gestará, paulatinamente, un modelo económico que, requiriendo mano de obra en las grandes fábricas, precisa la ampliación de la población urbana, convirtiendo a las ciudades, el lugar por excelencia en el que se desarrolla la vida económica, social y cultural. Imponiendo nuevos conceptos, presupuestos de civilización, sobre los que se asienta la estructura social y el orden. Esta estructura económica, este sistema se ha expandido tanto, finalmente, que estamos sujetos a él, queramos o no: las economías regionales, nacionales o locales, cada vez más, se subsumen a la economía global. Sin profundizar más en ello, he de señalar que las dinámicas de un mercado global y de un mundo globalizado, como veremos más adelante, influye de manera profunda y dinámica los aspectos más comunes de nuestra vida cotidiana.

En el plano de la política, también se produce una transformación en la relación de los gobiernos con aquellos sobre quienes gobiernan. Los imperios, reinos y estructuras jerarquizadas sobre un eje religioso o de alcurnia, darán paso, con grandes contratiempos y dificultades, a estructuras basadas en un poder popular, que se confiere a un organismo a través de un documento, comúnmente denominado Constitución, origen y base jurídica de las naciones modernas. Estas estructuras reconocen libertades a los miembros que de ella participan, y disponen límites al actuar de los miembros de la autoridad. Las personas dejan de ser asimiladas como meros súbditos y de estar sometidos a los lineamientos de una autoridad, surgiendo el concepto de ciudadano. Sin

embargo, esto no quiere decir que los gobiernos dejen de coaptar a las personas, aduciendo diversas razones morales, políticas, de seguridad, etc.

También la posibilidad que se va a abrir al mundo para el conocimiento de las demás culturas y lugares, que dan vía libre al amalgamamiento de las culturas y pueblos de todo el globo en un concepto que es el de humanidad. Y la gran variación de formas de replicar y difundir estos conocimientos externos a nuestras tierras, permiten formar lentamente, el mundo que hoy llamamos, de la globalización. Los recursos digitales han dado un vuelco significativo en el campo de las relaciones y las interacciones humanas, al permitir, no sólo la difusión de productos culturales extranjeros en mi entorno, sino la construcción de interacciones inmediatas con las personas que, muy lejos de nosotros en el plano espacial, comparten nuestro espacio virtual: se pueden tejer relaciones cotidianas con personas de culturas completamente distintas.

Respecto de nuestra relación con la naturaleza, con la ciencia se termina de afianzar la distinción insalvable entre un mundo natural y un mundo cultural. Con los descubrimientos científicos se han permitido crear las herramientas necesarias en diversos campos, para solventar y superar las adversidades del medio natural: la capacidad de dar respuesta a ciertas enfermedades con la medicina, la capacidad de transformar los entornos a una capacidad mucho mayor –como lo muestran la creación de los grandes canales de Suez y Panamá. Esta superación de las adversidades de la naturaleza nos hace sentir una ligereza. Una ciencia que nos permite apreciar a la naturaleza alejada de todos los preceptos religiosos y supersticiosos que arrastraba consigo en la tradición popular desaparecen. La dinámica económica hace de la naturaleza aquel lugar del cual se pueden extraer los recursos necesarios para el mantenimiento de esa misma dinámica. El dilema de la naturaleza-objeto.

Es así, que junto al avance de la ciencia y de los progresos materiales que trae consigo, se abre la posibilidad de concebir, desde lo cultural, una “sociedad libre”. Esta libertad, principalmente, se considera en términos políticos, religiosos y culturales. Ahora bien, el propósito del siguiente texto es reflexionar si, dicha libertad, podría producirse también en el campo de la moral. Para ello, se retomarán, principalmente, los planteamientos del autor Friedrich Nietzsche.

Teniendo en cuenta los cambios profundos en la concepción humana del mundo, de la historia, de los demás seres y de sí mismo, posibles gracias a los descubrimientos de la ciencia, es necesario analizar a este nuevo individuo, fruto de la sociedad industrial. Entonces, sabiendo que los patrones jerárquicos y rígidos que mantenían la sociedad se diluyen lentamente en el tiempo, se debe reflexionar y comprender si los preceptos morales que subyacen a esa jerarquía en decadencia también decaen o desaparecen. Es decir, comprender qué elementos de dicha moral seguimos compartiendo, o si acaso se puede hablar de un cambio en los preceptos morales. ¿Brinda la tecnología las posibilidades para una superación de los preceptos morales que la sociedad impone, o profundiza estos preceptos?

1. Conciencia y mala conciencia

Para abordar los conceptos de conciencia y mala conciencia en Nietzsche, es preciso reconocer que, a lo largo de la historia de la humanidad, se han generado diversas formas de valoración moral. Comienza por cuestionar la forma en la que se han tomado las nociones morales para su estudio, aduciendo que no se ha realizado un recorrido genealógico serio, que logre determinar claramente el origen, la génesis de dichas nociones. Señala, que las nociones bueno y malo se han tomado como ideas inamovibles, que todo el trasfondo cristiano que las rodeaba les eran inherentes, siendo cierto que éstas son más bien recientes: que las nociones morales no siempre han tenido el valor que en la actualidad les otorgamos y, al tener un valor completamente diferente, diversas han sido las utilidades que le han concedido, y múltiples los fines a los que han servido.

El rastreo genealógico no debe comprenderse como la búsqueda de una verdad, sino precisamente en encontrar estos múltiples fines, estas diversas utilidades. Develarnos los sentidos que se han dado a los conceptos, para comprender que allí se ha presentado una preeminencia política, un dominio, un poder, desde la cual se fundamenta una preeminencia en el plano moral. En ese sentido, la única forma de realizar un rastreo genealógico genuino sería considerar la historia fuera de toda consideración que tienda a erigirse como cimiento de ella: Dios, la Razón, o la Finalidad. (Cubillas, 2020) Nietzsche aquí hace evidente su pretensión filosófica de abolir en nuestra mentalidad, la idea de la existencia de valores absolutos e inmutables.

Con esta consideración, el autor nos permite concebir que el rastreo genealógico sirva como un método, que permite descubrir a los individuos las nociones morales estipuladas por determinados sistemas de verdad. Descubrir las formas y maneras en que estos introducen determinado sentido u otro a los conceptos y a los fenómenos, así como distinguir entre los que se basan en una moral activa y los de moral reactiva. Sin embargo, dejar claro que, para Nietzsche, no hay duda de que en su tiempo imperaban los valores de la moral reactiva. Que estos terminan por imponerse a los valores activos. (López, 2004).

Para comprender cómo es posible que terminen por ganar la moral reactiva, se debe apreciar el rastreo nietzscheano a los conceptos morales: bueno y malo. Comienza por indagar sobre estas nociones desde el aspecto etimológico, encontrando que, en primer momento, esta distinción se establece sobre el ‘pathos’ de la nobleza y la distancia. En la cual, unos hombres de superior posición social valoraron su propio obrar como bueno, se dieron a sí mismos el apelativo de buenos, y en contraposición a él, opusieron el actuar de los hombres de inferior condición como malo. Más que un sentido moral, en el sentido que la palabra carga consigo actualmente, podemos apreciar un sentido político en esta primera apreciación de bueno y malo, pues es el predominio político el que fundamenta el sentido de los valores:

“noble, aristocrático en el sentido estamental, es el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad, bueno, en el sentido de anímicamente noble, de anímicamente de índole elevada, de anímicamente privilegiado: un desarrollo paralelo a aquel otro que hace que vulgar, plebeyo, bajo, acaben por pasar al concepto malo” (Nietzsche, 1887. Pág. 40).

Esta valoración aristocrática, al surgir de la valoración del ser humano sobre su propio obrar espontáneo, al valorar su propia actividad, es esencialmente afirmativa. Las destrezas necesarias para la consecución del predominio político: la fortaleza física, la salud floreciente, el goce en la aventura y la guerra, son percibidos como valores y, para aquellos que se ven sometidos a esta ley, esta es aquella “fuerza activa, [que] viene ejercida en el hombre y se fija por tarea adiestrarlo” (Deleuze, 1998. Pág. 187). Ahora bien, no necesariamente aquellos hombres sometidos al adiestramiento perderían su fuerza activa. No son seres activos aquellos que carecen de fuerzas reactivas, sino aquellos seres en los que se expresa una relación sana entre la acción y la reacción, dándose paso la una a la otra en una interrelación que permite la prevalencia final de las fuerzas activas, donde la reacción no se estanca y da paso nuevamente a la acción. El ser activo “engloba pues las fuerzas reactivas, pero en un estado tal que se definen por un poder de obedecer o de ser activadas” (Deleuze, 1998. Pág. 157).

Sin embargo, debido al control constante de los hombres nobles, de su afirmación sobre los otros y de la imposición libre de esta valoración externa, que los humanos que se ven sometidos a buscar en la reacción misma, la forma de poder afirmarse. Surge así una forma de valoración completamente negativa, pues se basa en la negación de la valoración aristocrática. Las cualidades y virtudes, esencialmente físicas y corporales, que permitían la preeminencia política, empiezan a

ser negadas valorativamente, con lo cual se produce un desdén por las capacidades creativas que se pierden con la desvalorización de las facultades del cuerpo, con la trivialización del instante, de los instintos, con el desconocimiento de la espontaneidad del sentimiento.

Pese a la desvalorización de la moral noble, aún no puede hablarse de prevalencia de la reacción – o de las fuerzas reactivas-, pues para esto es necesario aún el establecimiento de una nueva moral. No basta sólo la negación de los valores aristocráticos, sino que es preciso la formulación de una nueva moral, que subvierta las fortalezas y destrezas de los hombres activos: que refleje como virtudes la inactividad, la quietud, el alejamiento y la hostilidad de los sentidos, ya que “no basta que se sustraigan a la actividad; deben además invertir la relación de las fuerzas” (Deleuze, 1998. Pág. 173). Esto es, retomando los valores de la moral aristocrática, que los nobles han establecido de manera auténtica, forman una nueva forma de valoración que, esencialmente reactiva, concibe la moral noble como la de un enemigo ‘malvado’, y así, a partir de la valoración opuesta de él, de las debilidades y flaquezas inferir la idea de un hombre ‘bueno’: la debilidad se convierte en mérito, la impotencia en bondad, la bajeza en humildad, la sumisión a quienes odia en obediencia a Dios, la cobardía en paciencia, y el no poder vengarse en un no-querer-vengarse, o en perdón (Nietzsche, 1887. Pág. 61-62).

El rastreo genealógico de las nociones morales bueno y malo, nos permite distinguir que para Nietzsche han existido multiplicidad de formas de valoración, tanto para los conceptos morales como de otro tipo. Pues estas nociones están dadas por una imposición externa que varía, cambiando los fines y las ideas:

“todas las finalidades, todas las utilidades son solo *indicios* de que una voluntad de poder se ha enseñoreado de algo menos poderoso y ha impreso en ello, partiendo de sí misma, el sentido de una función; y la historia entera de una ‘cosa’, puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos” (Nietzsche, 1887. Pág. 100).

Sin embargo, el autor reduce, principalmente, a dos las formas de valoración moral que se han presentado en la historia: la moral activa y la reactiva. La primera es aquella en la que se presentan las formas sanas de relaciones entre fuerzas activas y reactivas, que nace de la espontaneidad y la afirmación: yo soy bueno, luego tú eres malo. Y la moral reactiva, en la cual las fuerzas reactivas terminan por imponerse, hasta el punto de llevar a la no reacción, a la inactividad y la pasividad total, que surge de la negación del otro, y la posterior proyección de un sujeto ideal: tú eres malo,

luego yo soy bueno. La moral del sentimiento y la acción es reemplazada por la moral del resentimiento y la inacción.

Para Nietzsche, la moral reactiva ha resultado vencedora (Nietzsche, 1887. Pág. 47). Pero esto sucede tras un lento proceso histórico. Ya hay un rechazo del autor por la figura de Sócrates, pues consideraba que, en nombre de unos valores superiores, condenaba la vida. Pensamiento que Platón continúa y acentúa, con la división explícita entre un mundo ideal y un mundo corpóreo, en el que, precisamente, aquellas Ideas se tergiversan. Termina por adjudicarse al pensamiento la tarea de juzgar la vida, en pretensión de ciertos valores superiores, de ciertas ideas absolutas (Deleuze, 1969)

Sin embargo, la atención sobre el cambio moral se centra, retomando el rastreo genealógico, a la antigüedad romana, al conflicto entre judíos y romanos. Los primeros, de tradición esencialmente sacerdotal, y al hallarse impotentes e indefensos frente a la fortaleza romana, desencadenan una venganza de carácter espiritual: el desprecio contra los poderosos y fuertes, que no pueden ser combatidos, se convierte en un desprecio contra el poder y la fuerza misma. Las fuerzas activas son neutralizadas, pues se conciben ajenas al ser humano.

La posterior aparición y expansión del cristianismo, doctrina religiosa que se desprende del judaísmo y, retomando la forma de valoración sacerdotal y afianzándola, logra profundizar la venganza espiritual. Mientras que el judaísmo negaba los valores de la moral aristocrática, el cristianismo crea valores de aquella negación, y los crea desde la moral reactiva. Así, con el advenimiento del Dios cristiano se perpetúa el seguimiento de la venganza y del odio, bajo la apariencia de un ‘nuevo amor’, el cual nace de aquel odio y persigue sus metas (Nietzsche, 1887. Pág. 47).

Esta creación de valores desde la reacción es la transvaloración de los valores a saber:

“¡los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos, los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe la bienaventuranza, -en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos,

vosotros sois por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y los condenados!...” (Nietzsche, 1887. Pág. 46).

Siguiendo a Deleuze, a estos valores, por ser creados desde la reacción, les está vetada la acción. Es decir, la intención de estos valores es proyectar la idea de un buen sujeto desde la inactividad, por tanto, la bondad misma, la idea que tiene de aquello que es bueno, es, precisamente, la virtud máxima de contenerse del actuar. Produciendo una moralización de las fuerzas activas, según la cual, la actuación proyecta una imagen de culpabilidad, y la contención de la acción una proyección de mérito.

Ahora bien, teniendo en cuenta las consideraciones nietzscheanas sobre la moral activa y reactiva, y sobre la significación que estas dan a los conceptos morales, ya se puede abordar plenamente en qué consiste la conciencia. Esta se produce con la represión: la coacción que la sociedad ejerce sobre los individuos, y la normatividad que él llama ‘eticidad de costumbre’, forman al individuo para la misma estructura de la sociedad, en sus términos “*hace* al hombre, porque lo hace uniforme, medible, calculable, igual entre iguales, ajustado a toda regla” (Nietzsche, 1887. Pág. 77). De este proceso gradual surge un nuevo individuo, un individuo autónomo, soberano, que posee una voluntad libre, voluntad que le permite forjar de manera individual –por encima de toda eticidad– su propia medida del valor. Este hombre adquiere poder sobre sí, sobre la naturaleza y sobre los demás, percibiéndose como instinto dominante, con voluntad de dominio, una voluntad creadora, a ella se llama la conciencia.

Sin embargo, ha de saberse que la formación de la conciencia sólo pudo hacerse con dolor. Como señala Nietzsche, estaba contra ella la ‘capacidad de olvido’, que es una capacidad propia de las fuerzas activas, la cual permite ‘digerir anímicamente’ los acontecimientos de la vida, de asumirlos y asimilarlos en la conciencia. A la capacidad de olvido se le contrapone otra facultad, la de la memoria, que se inicia principalmente por la necesidad de recordar que se ha hecho una promesa, para hacer al hombre esta memoria fue necesario un inmenso dolor, pues “sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria” (Nietzsche, 1887. Pág. 79). Para poder establecer una sociedad los seres humanos fuimos sometidos a reglas y leyes, que esencialmente se fueron estableciendo con el fin de dominar los instintos, y para vigilar que aquellas reglas fueran

debidamente respetadas, se decretaron crueles castigos para quienes se atrevieran a incumplirlas, ya como forma de inculcar en los demás miembros de la sociedad el temor al incumplimiento de las leyes, o bien para grabar en ellos mismos la obligación, la necesidad de acatar las normas. Para comprender mejor cómo pudo constituirse esta memoria, recuerda el autor las crueles penas de la antigüedad: lapidaciones, mutilaciones, desgarramientos, desmembramientos, empalamientos, etc. Todo ello con el fin de recordar al individuo la promesa que ha hecho para vivir en sociedad:

“Ay, la razón, la seriedad, el dominio de los afectos, todo ese sombrío asunto que se llama reflexión, todos esos privilegios y adornos del hombre: ¡qué caros se han hecho pagar!, ¡cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las ‘cosas buenas’”. (Nietzsche, 1887. Pág. 81)

Los conceptos de deuda y crueldad hacen parte de la conciencia. A través del rastreo genealógico de estos conceptos, Nietzsche expone que han surgido en las relaciones más básicas y primitivas de intercambio: compra, venta, cambio, etc. pues en ellas se da la relación contractual entre acreedor y deudor, relación en la que se tazan cifras, miden valores y se hacen promesas. En la antigüedad, el deudor ofrecía a su acreedor, a cambio, algo que aún poseía como promesa de restitución, y que, en caso de incumplir el deudor, el perjudicado podía, como forma de compensación, descargarse sobre el deudor con crueldad, tanto como considerase que resarcía la falta. El derecho a la crueldad, a infligir un dolor con el fin de grabar en la memoria del deudor el valor de los bienes o privilegios que se le ha otorgado, es entendido como un ‘sentimiento de bienestar’, ya que, en el hacer sufrir se encuentra placer: “hacer sufrir produce bienestar en sumo grado, en la medida en que el perjudicado cambiaba el daño, así como el desplacer que éste le producía, por un extraordinario contra-gozo: el *hacer sufrir*, una auténtica fiesta” (Nietzsche, 1887. Pág. 85). Pese a lo que podamos pensar sobre aquellos sobre quienes se descarga este dolor, para el autor, estos también participan del ‘sentimiento de bienestar’ en la medida en que este dolor tiene un sentido externo para ellos. El deudor, en esta relación contractual antigua, tenía una responsabilidad de la deuda, que se originaba por el desarrollo de la actividad cultural, y así, se creaba un sentido de responsabilidad por la deuda-objeto que se había de restituir, de modo que aquel que era sometido a tratos crueles sentía en ellos la restitución, con lo cual se liberaba de la deuda (Deleuze, 1998).

La crueldad, que forma parte de nuestros instintos de vida, es “algo a lo que la conciencia dice sí de todo corazón” (Nietzsche, 1887. Pág. 86). Pero la imposición de la moral reactiva va

expandingo el pesimismo y el nihilismo, el ser humano se avergüenza de sus instintos. La crueldad se desplaza hacia el interior: con el rechazo de la violencia, de la venganza y las acciones hostiles, la maquinaria moral cristiana brinda la base para el desahogo de estos instintos con nosotros mismos, a través de la noción del resentimiento. Aquí se presenta una responsabilidad-culpabilidad, pues las imposiciones de la cultura son incorporadas, y el dolor no libera de la deuda, sino que se desvía hacia el interior, se convierte en culpa: “ya no se trata de un dolor por el que se paga la deuda, sino de un dolor por el que se queda encadenado, por el que se siente deudor para siempre” (Deleuze, 1998. Pág. 198)

Como la crueldad pertenece a las fuerzas activas, la aplicación de la crueldad –como puede comprobarse históricamente- no ha dejado de legitimarse cuando ha sido necesario. Sin embargo, esta crueldad podría traducirse de una manera sutil e impersonal, resultando poco evidente, ya que:

“Tampoco aquel placer en la crueldad está propiamente extinguido; tan sólo precisaría, dado que hoy el dolor causa más daño, de una cierta sublimación y sutilización, tendría sobre todo que presentarse traducido a lo imaginativo y anímico, y adornado con nombres tan inofensivos que no despertasen sospecha alguna en la más delicada conciencia hipócrita” (Nietzsche, 1887. Pág. 89)

A medida que las sociedades crecieron en número y mejoraron sus condiciones materiales, los agravios cometidos por los individuos contra otros o contra la ley, fueron considerados como menos graves para el conjunto social, y como tal, se juzgó con menor severidad a los infractores. De hecho, se empezó a proteger a los responsables de la cólera de los perjudicados, y los castigos físicos son reemplazados por las restricciones de la libertad. Aparece así la pena, de la cual Nietzsche distingue dos elementos para su comprensión: la secuencia de procedimientos que acompañan el desarrollo ulterior de la pena, desde la ley, el juzgamiento y el acto como tal de ejecución y cumplimiento de la pena; el sentido de la pena, cuál es la finalidad y la intencionalidad en el establecimiento de una condena, eso es algo que ha variado a través de la historia, ya que diversos poderes con diferentes interpretaciones y propósitos se sucedían unos a otros, cambiando el sentido a la pena.

Es así, que sólo cuando la moral del resentimiento triunfa, se impone sobre la visión de la pena, la idea de que su finalidad es la de generar en los infractores el sentimiento de la culpa. Para el autor, la pena consigue que los humanos dominen la concupiscencia, intensifiquen su inteligencia, aumenten su temor. Es decir, la pena busca la domesticación del hombre, para que sea capaz de

tener responsabilidad de la deuda. Al igual que en el caso de los castigos físicos, en la pena había un sentido externo que libraba al infractor tras el sometimiento a la condena, aunque con cierto dominio de sí. Pero no es en el campo de la pena donde se genera el sentimiento de culpa, no fuerza a la interiorización de las fuerzas activas, no ha surgido allí la mala conciencia, pues:

“durante larguísimo tiempo no apreció en la conciencia de los jueces, de los castigadores, *nada* referente a que aquí se tratase de un ‘culpable’. Sino de un autor de daños, de un irresponsable fragmento de fatalidad. Y aquel mismo sobre el que caía la pena, como un fragmento también de fatalidad, no sentía en ello ninguna ‘aflicción interna’...” (Nietzsche, 1887. Pág. 106)

La pena, entonces, no logra que el infractor condene la acción que él mismo ha realizado, sino el encontrarse descubierto ante las autoridades y la ley. Su acción no es considerada “mala en sí”. Pero, a la imposición de la moral reactiva, y la responsabilidad de la culpa, se produce una obligación personal del cumplimiento de los deberes, o introyección de la deuda, y se gesta un rechazo interno a la acción cometida. Y por la interiorización misma, el rechazo incluso a la idea de cometer las acciones (Cubillas, 2020).

La deuda y la crueldad ingresan en el campo de la moral a través de la moral reactiva. En la relación entre acreedor y deudor es donde se establece, en primer momento, el recuerdo de aquello que debe restituirse, pagarse, y en la restitución se presentaba la liberación de la carga de la deuda. Con el desarrollo de la cultura, y la consolidación de las organizaciones humanas, las relaciones ya no se dan meramente en el sentido contractual entre seres iguales, sino en la relación de una entidad superior que dota de derechos y privilegios a la comunidad, relación que se establece desde que nacemos y empezamos a participar del orden social. Los lineamientos sociales que la cultura exige son, poco a poco, interiorizados, de ser imposiciones de la estructura política, se empiezan a conformar como obligaciones personales.

En ese sentido, la importancia del sentimiento de culpa radicaría en la interiorización de la deuda y la crueldad, para que éstas no se manifiesten como fuerza activa. Que no nos podamos liberar de la deuda, sino que carguemos con ella; que rechacemos la crueldad que nosotros poseemos como instinto natural, y nos agobiemos por ella.

Tampoco el sentimiento de culpa tiene su surgimiento en la religión, sino que es una característica esencial de la doctrina cristiana. Considera Nietzsche que las divinidades pueden servir al fin de

evadir este sentimiento, pone por ejemplo a los antiguos griegos, quienes a través de las fuerzas vivificantes que irradiaban sus dioses, depositaban en ellos la fuente de los actos que rebasaban los límites de la moral. Aquel que transgredía las normas se consideraba un desgraciado, sobre el cual había caído la influencia de los dioses, de los astros, en fin, sobre el cual un ser o seres más poderosos, o fuerzas desconocidas habían demostrado su poder. Esos valores que la moral sacerdotal no podía expresar, el resentimiento contra los otros se perfecciona por la moral cristiana, para que ese resentimiento se dirija contra sí mismo.

Siguiendo a Deleuze, en la moral sacerdotal se dirige el odio hacia afuera, hacia el otro, hacia los hombres de valoración noble. En este sentido nos habla de un ‘resentimiento en bruto’, que, si bien dirige la fuerza de su odio hacia afuera, al estar asentado sobre la negación, se asienta sobre la valoración reactiva. Recuérdese que no hay respuesta a esta negación, sino que la negación se realiza en el sentido espiritual, se da una “multiplicación del dolor por la interiorización de las fuerzas [activas]” (Deleuze, 1998. Pág. 186) y que no son desahogadas. Por tanto, con el cristianismo se da un refinamiento, un perfeccionamiento del resentimiento, llevando ese dolor multiplicado hacia el interior, ensanchando el mundo interior. En este punto, la idea de un mundo suprasensible se superpone a la de este mundo, la idea de Dios anteponiéndose a la de la vida (Deleuze, 1998. Pág. 176).

Porque Dios y el mundo suprasensible, logran prevalecer con la profundización de la deuda. Dios ha creado a la raza humana, y también ha resuelto sacrificarse por su salvación: se establece una deuda de la creación, y una deuda de la redención. A través de las concepciones de alma, como parte inmortal del ser, y mundo celestial, como aquel donde habitará esta alma, se crea toda una maquinaria de salvación, que no exige sino la carga de esta deuda, la de la muerte de su Dios mismo, la culpa tampoco puede así extinguirse, pues el crimen no puede ser expiado. La vida pierde su valor en sí, no sólo por la consideración religiosa de que lo verdaderamente importante es el mundo ultraterreno, sino porque esta será siempre insuficiente para la restitución de la deuda.

Ahora bien, siendo la crueldad uno de los instintos de nuestra naturaleza, al interiorizarlos, esta crueldad es descargada sobre sí, como ya se dijo, no de manera física, sino también espiritual. Si la voluntad libre encontraba gozo en el sufrimiento del otro, del dominio del otro, ahora aparece una voluntad de martirio, una voluntad que se encuentra reprobable y culpable en pretensión de la

restitución de las deudas con la sociedad, con Dios, con la familia, etc. Este ser se automartiriza, y al encontrar placer en su propio dolor, lleva dicho dolor hasta su extremo: la voluntad de imaginarse castigado sin que la pena pueda ser equivalente a la culpa. Esta voluntad es la que posee plenamente una mala conciencia:

“El hombre que falto de enemigos y resistencias exteriores, encajonado en una opresora estrechez y regularidad de las costumbres, se desgarraba, se perseguía, se mordía, se roía, se sobresaltaba, se maltrataba impacientemente a sí mismo, este animal al que se quiere ‘domesticar’ y se golpea furioso contra los barrotes de la jaula, este ser al que le falta algo, devorado por la nostalgia del desierto, que tuvo que crearse a base de sí mismo una aventura, una cámara de suplicios, una selva insegura y peligrosa –este loco, este prisionero añorante y desesperado fue el inventor de la mala conciencia”. (Nietzsche, 1887. Pág. 109).

Los conceptos más relevantes para la comprensión de la conciencia, y de la mala conciencia son: la memoria, la crueldad, la deuda y la culpa.

Con la facultad de la memoria se hace posible la formación de las sociedades y de la cultura. A estas intenciones civilizatorias se opuso siempre la ‘capacidad de olvido’, fuerza esencialmente activa, que tuvo que ser aplacada de manera violenta, de manera tal que se lograra poner en suspenso. La creación de esta memoria tiene por intención adiestrarlo, es decir, hacerlo capaz de realizar promesas, que forje una medida, un valor de sí. La actividad que la cultura ejerce sobre el hombre, si bien con represión, le forma para participar de manera consciente y activa en la misma actividad cultural. Ahora bien, cuando triunfan los ideales ascéticos, la memoria ya no se forja en la actividad cultural, sino que se sustrae de ésta para hacer de las leyes y normas, nociones interiorizadas, que nos recuerdan permanentemente nuestras obligaciones con la sociedad.

La crueldad, por su parte, se manifiesta de dos maneras según se exprese desde una moral activa o reactiva. La crueldad es un instinto del ser humano y, su aplicación, como ya desarrollé anteriormente, generaba placer al que lo causaba, pero, con este displacer, se liberaba al que recibía el daño del agravio cometido. Cuando esta crueldad no se exterioriza, al ser instintiva, se vuelve contra sí, pasa a descargarse de manera interior, para poder auto infligirse esta crueldad la transforma en dolor.

La deuda y la culpa son dos conceptos que deben ser tratados en conjunto, pues se encuentran estrechamente ligados en la teoría nietzscheana. En las relaciones contractuales (acreedor-deudor), religiosas y políticas, es necesario acogerse a la condición de empeño de los instintos, que debiera ser temporalmente, hasta que se restituya o pague el bien recibido u otorgado. Pero algunos pueblos sometidos, terminan por adquirir un desprecio por los instintos mismos: ya que les están vedados socialmente, ellos los vetan moralmente. Así, los instintos terminan por volverse latentes. Y la interpolación de las concepciones morales bueno y malo del cristianismo, hace que la deuda abrumadora de no dar satisfacción a los instintos se convierta en una culpa, más abrumadora aún, de rechazar esos sentimientos instintivos que, pulsando constantemente, acompañan la vida humana.

Entonces, atendiendo a los profundos cambios macroestructurales de la sociedad, acaecidos tras la muerte de Friedrich Nietzsche, en el año 1900, sobre todo desde el ámbito tecnológico, el siguiente trabajo busca reflexionar las implicaciones de estos cambios en las nociones que conforman lo que al autor se denominó la mala conciencia. ¿Podemos advertir los valores reactivos heredados del cristianismo en una sociedad secularizada y objetiva? ¿La ciencia y la tecnología nos han ayudado a sobreponernos a estas valoraciones? ¿Cómo concebir los conceptos de culpa, deuda, crueldad y memoria en un mundo altamente industrializado y tecnológicamente avanzado?

2. Guerra tecnológica y mala conciencia

No existe duda de que las transformaciones técnicas de una sociedad tienen implicaciones directas sobre la misma, pues modifican las prácticas y las relaciones de los seres que la conforman, además de la relación entre las sociedades. Piénsese en la importancia que tuvo el desarrollo de la agricultura, la domesticación de los animales y la fundición de los metales para la humanidad, por citar algunos ejemplos de la antigüedad. En la actualidad, estas transformaciones siguen sucediendo de una manera vertiginosa, ya no arrojadas bajo el nombre de técnica, sino de tecnología.

La Real Academia define a la tecnología como el “conjunto de teorías y técnicas que permiten el aprovechamiento práctico del conocimiento científico”¹. Ahora bien, analizando el concepto etimológicamente, este es una variación del término técnica, la *techné* griega, la cual se utilizaba para designar las artes u oficios manuales. Paulatinamente, el concepto de arte se escinde, restringiéndose a las actividades intelectuales y creativas, mientras que el de técnica termina por designar las labores manuales o mecánicas (Ferrater, 2011. Tomo IV). Con la consolidación del método científico, y la traducción práctica de sus resultados, el campo de la investigación se desarrolla ampliamente y, es aquí donde se separa del campo de los oficios de donde había surgido. En el siglo XVIII se generaliza ya el concepto de tecnología, diferenciado plenamente de la técnica. Esto es, que las tecnologías son aquellas “técnicas que serían imposibles sin el concurso de los conocimientos que nos han deparado las ciencias naturales” (Ferrater, 2011. Pág. 1059, Tomo IV).

Siendo que la tecnología necesita del concurso de las ciencias naturales, se debe explorar el concepto de ciencia, específicamente la ciencia en su concepción moderna. Siguiendo a Ferrater Mora, la ciencia moderna pretendía darse un fundamento del conocimiento, para que éste pudiese ser validado, darle una garantía de verdad, garantía que era “*obtenida por determinado método*” (Ferrater, 2011. Pág. 166. Tomo I). Es así, que las ciencias adoptan un carácter plenamente empírico, basado en cuatro propiedades: *a)* Universal: ajeno a circunstancias temporales y variables, a las interpretaciones personales; en fin, objetivo. *b)* Ordenado: los juicios de carácter científico son consecuencia lógica de juicios previos y, a su vez, pueden ser causa lógica de juicios posteriores. *c)* Demostrable: el ordenamiento lógico puede llevar al descubrimiento de

¹ Diccionario de la lengua española, 23° ed., [versión 23.4 en línea] <https://dle.rae.es>

proposiciones fundamentales, conocidas como definiciones, axiomas, postulados; estos pueden dar origen a una nueva ciencia. *d)* Enseñable: al ser universal, ordenado lógicamente y demostrable, es posible enseñarse, y puede ser aprendido universalmente también (Ferrater Mora, 2011. Tomo I).

Las transformaciones producidas por la aparición de los recursos tecnológicos modifican los diferentes aspectos de la vida humana: religiosos, sociales, políticos, culturales e individuales. La capacidad de aumento de la población mundial y el aumento de la longevidad; la organización –económica y política- de un mundo globalizado; auge de la industria y las ciudades, la mayoría de la humanidad deja de sustentarse de la agricultura y la ganadería; la formación de una sociedad alfabetizada; aumento significativo en la producción de recursos, materiales, bienes y servicios; la exaltación del individualismo. Estos son algunos de los ejemplos que se podrían citar para apreciar las modificaciones en las que la tecnología ha sido relevante. Teniendo ellas en consideración, podría decirse que la intencionalidad sería el procurar a la especie humana los medios para el mejoramiento de sus condiciones de existencia. Ferrater nos muestra a un Leibniz entusiasta, que señala a la tecnología de servir “a la perfección del espíritu, para la salud del cuerpo y para las comodidades de la vida” (Ferrater, 2011. Pág. 1060. Tomo IV).

Sin embargo, uno de los aspectos en los que el avance tecnológico es más notorio, y que no se dirige, necesariamente, en este sentido benéfico, es en el campo de la guerra: cuando la maquinaria tecnológica se pone al servicio de los conflictos. Así, al atender las necesidades del campo bélico, esta maquinaria produjo las guerras de mayor capacidad de uso de recursos, las de mayor alcance territorial, las más costosas en vidas humanas y, aún a nuestros días, las más significativas en términos políticos, económicos, ideológicos y sociales.

Evidentemente, al final de las grandes guerras del siglo XX, el mundo será estructurado bajo una organización internacional. También, la gran capacidad de destrucción de ellas, pero, al mismo tiempo, una capacidad similar para documentar masivamente los acontecimientos, una aptitud para introducir, también de manera masiva –y a nivel global-, estos hechos en la cultura popular, en la cultura de masas, que también es propiciada por los avances tecnológicos. La literatura y la filosofía serán profundamente influenciadas por estos hechos. Es así, que la intención del siguiente capítulo es realizar una reflexión sobre las implicaciones de la guerra moderna o

tecnológica respecto a la moral, en concreto, a los conceptos que forman la conciencia y la mala conciencia, de acuerdo con Nietzsche.

Antes de centrarse exclusivamente en el aspecto de la guerra tecnológica, es preciso indicar, de una manera breve, ciertas transformaciones producidas por la tecnología a nivel económico, político y social. Así, apreciando de una manera un poco más amplia el contexto en el que se desarrollan las transformaciones del campo bélico, poder reflexionar con mejores bases, las posibles implicaciones en el campo moral.

Así como en los albores de la humanidad, el descubrimiento de técnicas para el dominio de la agricultura condicionó el cambio de sociedades nómadas cazadoras-recolectoras a sociedades sedentarias agrarias, los cambios tecnológicos del siglo XIX van a permitir la estructuración de una sociedad industrial, que termina por imponerse a la sociedad agraria en el siglo XX. Y esta vez, no como un acontecimiento reservado a algunas zonas europeas, sino como una transformación de la sociedad a nivel global. El mundo experimentará un cambio de una sociedad rural a una sociedad urbana, pues hasta ese momento la mayoría de los seres humanos habían vivido de actividades agrícolas, añadiéndole el sustento de los animales domésticos, es “la muerte del campesinado”². Este cambio no sólo repercute en la estructura del trabajo, pues la producción industrial también se ve alterada, en un aumento sin precedentes de la producción energética, de bienes y servicios, de materiales, de recursos, etc. tanto así, que la cantidad de excedentes es tan desbordante que se ha dado en denominar, desde la teoría crítica, con el apelativo de sociedades opulentas.

Este aumento significativo en la capacidad de producción mejora la capacidad de alimentación de la población a nivel global, junto a una mejora cuantitativa y cualitativa de la medicina y de los hábitos de higiene determinarán el incremento de la población a nivel global. Si bien no todo el mundo podía denominarse una sociedad opulenta, el incremento poblacional si se da de manera global, pues los países que no alcanzan plenamente el desarrollo industrial si ven permeadas sus sociedades por las mejoras médicas, higiénicas y alimentarias que venían de ellas, pues también en estos países se va a producir la alteración demográfica entre campo y ciudad, también van a desarrollar industria, si bien con menor alcance.

² Eric Hobsbawm. Historia del siglo XX, pág. 292.

El nivel de desarrollo industrial de los países del occidente europeo y Estados Unidos respecto al de los demás países, creará una división entre un primer mundo, eje de la labor industrial, y un tercer mundo, que se mantendrá relativamente agrario, y cuyas economías se van a basar, principalmente –cuando no exclusivamente-, de la extracción de recursos fósiles o minerales. Sin embargo, pese a sus diferencias, estos dos mundos son interdependientes económicamente, pues la capacidad de producción industrial de los primeros depende, ciertamente, de los productos extraídos en los otros. Existe una interdependencia económica de las economías nacionales con la economía global, cuyos movimientos, fluctuaciones y variaciones terminan por afectarlas.

Otro aspecto fundamental introducido con los cambios tecnológicos es la masificación, también a nivel global, del acceso a los medios de información. Ideas políticas y civiles que se venían introduciendo desde el siglo XVII, con movimientos como la ilustración, se van a fortalecer, como las libertades civiles, los derechos humanos. Si bien no hay un componente tecnológico en estas ideas, si hay una argumentación racional y científica sobre la que se sustentan; sin embargo, debe destacarse, que se genera con la tecnología, una ampliación del alcance de estas ideas. Con los medios tecnológicos se ha posibilitado la articulación de organizaciones y movimientos políticos que, amparados por la libertad de opinión, el derecho a disentir e, incluso, la posibilidad de oponerse, sustentan un nuevo poder que no podía existir antes: el de los medios de comunicación, lo que llamamos la opinión pública.

También el arte, y en gran medida, se va a transformar con la aparición de los medios tecnológicos. En principio, hay que indicar que también el arte va a salir de los salones, los museos y los palacios, para volverse un arte masivo. Sin duda, el cambio más significativo, es la aparición de un arte completamente nuevo que, atendiendo a las diversas complejidades del mundo tecnológico, es también un arte sumamente complejo y elaborado, que requiere la participación de un gran equipo de trabajo: el cine. Este medio, conocido como el ‘séptimo arte’, es aún hoy fundamental para la propagación de ideas y contenidos.

Teniendo en cuenta esto, como ya se ha mencionado, se produce el mejoramiento de nuestras condiciones de existencia, el aumento de nuestros niveles y promedios de vida, el acceso a la participación social y política, mientras que, la automatización industrial avanza y la reducción de los trabajos pesados es un hecho. Es así, que el predominio de la industria se concibe como un

sistema en el que se produce la mayor satisfacción de placer para el mayor número de personas posibles, a cambio del menor displacer, o el menor esfuerzo necesario.

Sin embargo, no todos los avances de la ciencia han conducido en el mejoramiento de la vida humana. De hecho, también el siglo XX, ha sido el siglo de mayor mortandad en la historia de la humanidad, también las máquinas y la industria han sido determinantes para otorgar un poder sumamente destructivo al belicismo contemporáneo.

Un cataclismo nuclear llevando a la extinción definitiva —o casi— de la raza humana; un fin del mundo provocado por la acción de los seres humanos sobre los ecosistemas, el ambiente o ellos mismos; o, el dominio total del mundo por un estado, partido, entidad o persona, son ideas que, ya muy populares hoy por toda la producción literaria y cinematográfica sobre el asunto, tienen su nacimiento en los conflictos mundiales del siglo XX. No son ideas tan simples en la medida en que, aunque se ven exageradas o distantes, son posibles en la práctica: realmente existen tantas armas nucleares en el mundo como para hacer inviable la existencia humana, realmente nos encontramos ante la posibilidad de que nuestras acciones sobre el planeta repercutan de manera negativa sobre él, y, en consecuencia, sobre nosotros. Es, precisamente, este desbordamiento de la capacidad destructiva del ser humano, la razón que lleva a este análisis: comprender como las enormes dimensiones que han adquirido los conflictos en el mundo industrial, tiene implicaciones sobre las concepciones morales. Como es, históricamente, fácil de evidenciar, las guerras modernas tienen una capacidad de destrucción como nunca. Entonces ¿cómo podríamos comprender esta nueva dimensión de la crueldad, retomando los planteamientos de Nietzsche? Al haber causado la humanidad un daño y un dolor tan inmenso, y en tantos lugares, que al mismo tiempo también recibió ¿cómo podría reflejarse este daño y dolor autoinfligido en las concepciones morales de culpa y deuda? Y, entendiendo que a partir de estos hechos se ha desarrollado una cultura global, ¿cuál sería la influencia de la guerra tecnológica sobre la facultad de la memoria?

Comenzando por la crueldad, y retomando el anterior capítulo, ésta es un instinto de los seres humanos y, como instinto, busca y reclama continuamente que se de satisfacción a su deseo. Pero, la imposición de los valores de la moral de rebaño hace que los instintos de crueldad no se satisfagan, y que se desahoguen al interior, generando dolor. Siendo así, potenciado a niveles nunca visto, el grado de crueldad que se ejercerá durante las guerras modernas, ¿qué influencia tendría sobre una sociedad asentada en el sentimiento de ese dolor?

En primer lugar, la aplicación de la crueldad en tan alto grado requiere una magnificación de las finalidades de la guerra y, al mismo tiempo, necesita disuadir a la sociedad de enfrentarse a los resultados del conflicto en términos humanos. La segunda consecuencia, es que, al verse el ser humano ante el daño causado, lo pretenda resarcir de alguna manera, un efecto analgésico ante el profundo terror de la destrucción.

Una de las razones principales de la magnificación de la crueldad es, sin duda, la masificación de la guerra, en términos de recursos materiales, alimentarios y humanos. La guerra moderna

“involucra a todos los ciudadanos, la mayor parte de los cuales son movilizados; que utiliza un armamento que exige una modificación del conjunto de la economía para producirlo y que se utiliza en cantidades ingentes; que causa en elevadísimo nivel de destrucción y que domina y transforma por completo la vida de los países participantes” (Hobsbawm, 1994. Pág. 52)

Evidentemente, sólo una economía industrial, dedicada por completo al desarrollo de la guerra, podía gestar la cantidad tan abrupta de recursos que se necesitaban para mantener la maquinaria en funcionamiento. Para dar cuenta de este cambio abismal en el uso de la tecnología, Hobsbawm recuerda que Napoleón logró vencer a los prusianos en la batalla de Jena (1806), con el uso de cerca de 1.500 piezas de artillería, mientras que la Francia de noviembre de 1918, producía alrededor de 200.000 proyectiles diarios. (Hobsbawm, 1994. Pág, 53) A partir de la Primera Guerra Mundial, todas las guerras tendrán dimensiones mayores a las registradas antes de este período. La cantidad de armamento que fue elaborado por la industria armamentista durante estos años refleja un desprecio absoluto por la vida: el término general con el que se describe la táctica de ésta, “guerra de desgaste” es un concepto según el cual el objetivo consistía en producir más muertos en la línea enemiga, no para avanzar, sino para que la pérdida de recursos forzara la rendición. Confiados en los medios tecnológicos, los bandos de este conflicto hicieron uso de gases tóxicos, se implementó el vehículo blindado o tanque, se experimentó la aviación y se realizaron bombardeos aéreos, se desarrolló también la guerra submarina, además de las mejoras de las armas ya usadas, como la artillería y la innovación de las ametralladoras. (Pág, 36) Sin embargo, cuando sea la población civil el objetivo de los ataques, la mortandad será excesiva: los bombardeos sobre las ciudades serán uno de los ataques más recordados de la Segunda Guerra Mundial, por más que se intentase atacar sólo los puntos estratégicos de suministros, armamento o combustibles, era inevitable que los habitantes de la ciudad no fueran perjudicados: y fue una táctica usada por los alemanes en Europa y por los aliados en Alemania.

La guerra moderna no sólo requería una gran cantidad de gente en el frente luchando, sino el respaldo de toda la cadena de producción económica de la nación, con el fin de mantener las capacidades materiales necesarias para el combate. Las personas que no combaten son igualmente vinculadas al esfuerzo bélico, tanto corporalmente para el cubrimiento de las necesidades de producción, como psicológicamente, cooptados por una propaganda oficial. La sociedad intenta ser disuadida de los resultados de la guerra en términos humanos, ya que las personas forman parte de las cadenas de producción que mantiene la guerra y, por tanto, también son objetivos válidos: hay una negación de la humanidad del adversario para justificarse, “se demoniza naturalmente al adversario para hacer de él un ser odioso, o al menos despreciable” (Hobsbawm, Pág, 57) de manera que el peso de los hechos recaiga más sobre sus resultados en términos militares, estratégicos, tácticos, etc.

Los avances tecnológicos conseguían la invisibilidad de las víctimas y, a razón de que la crueldad de la guerra moderna era muy evidente, ésta se encubre adjudicando la responsabilidad a la máquina, y no a quienes hacen uso de ellas. Esto es, la guerra adquiere un carácter de impersonalidad, en el cual la vida es completamente insignificante, pues la muerte de millones puede atribuirse a acciones ajenas como la firma de documentos, apretar botones o levantar palancas. “Las mayores crueldades de nuestro siglo han sido las crueldades impersonales de la decisión remota, del sistema y la rutina, especialmente cuando podían justificarse como deplorables necesidades operativas” (Hobsbawm, Pág, 58). En este sentido, no sólo los asuntos de la guerra van a estar sujetos a la lógica de la crueldad: la creación de los estados nacionales y los procesos de descolonización, van a estar atravesados por conflictos étnicos y raciales que, en diversos casos, terminarán en desplazamientos forzados masivos, o en exterminios sistemáticos de la población, como el de Turquía a los armenios, o la Alemania nazi a los judíos, mucho más recordada. Fue necesario inventar una nueva categoría para estos hechos, la de genocidio.

Sin embargo, no sólo la capacidad técnica y material para las deportaciones y los exterminios podía impulsar a realizar estas acciones, tras ellos se hallaba una fuerte ideología racista que, haciendo uso de la ciencia, sustentó la discriminación racial. De acuerdo a William H. Tucker, existían principalmente, tres argumentos sobre los que se justificaba científicamente el racismo: 1) la existencia de peligros biológicos en la mezcla de razas, pues se señalaba a la mezcla como uno de los factores principales en la proliferación de enfermedades, incluso aduciendo la reducción de la fertilidad y, con el surgimiento de la genética, estas disposiciones se catalogaron

como “desarmonías” genéticas, con este argumento algunas legislaciones prohibían los matrimonios interraciales; 2) la idea de que el prejuicio es un fenómeno natural y esencial del proceso evolutivo, muy cercanos a la teoría de la evolución, arguyen que los progresos evolutivos se dan en los grupos y no en los individuos y, por tanto, las razas debían mantenerse homogéneas para no interferir este progreso evolutivo; 3) la afirmación de que determinados grupos raciales (coincidentalmente los hegemónicos) están mejor dotados en características cognitivas e intelectuales, lo que les hace propensos al dominio, mientras que los grupos sometidos están incapacitados para autogobernarse.³ Para Tucker, el racismo surge, paradójicamente, en las sociedades denominadas igualitarias, porque en las sociedades jerarquizadas no se requiere dar una explicación a las desigualdades sociales, que se consideran normales, mientras que las sociedades democráticas plantean la necesidad de justificar la posición de los subordinados. Pero, como en la guerra, los objetivos ilimitados no permiten vislumbrar el límite en el cual deja de justificarse la opresión de un grupo, para, directamente, justificar su exterminio total y definitivo.

Finalmente, cerrando el tema de la crueldad, no cabe duda de que el más representativo evento de lo que puede llegar a ser la destrucción de la guerra moderna, son las trágicas bombas de Hiroshima y Nagasaki, que van a mostrar al mundo el máximo potencial de la tecnología puesta al servicio de la guerra, del entrelazamiento entre investigación científica y fines militares. Nunca, antes del seis de agosto de 1945, se había tenido registro en la historia de un arma que pudiese arrasar, en tan sólo unos segundos, a una ciudad entera. El daño fue tan bestial que no hay nada comparable que hayamos podido experimentar las generaciones venideras, a pesar de que existen tantas armas de este tipo como para acabar con la especie. Pero la magnitud incomparable de su destrucción aún resuena en la memoria de las generaciones, pues allí el mundo se transformaría para siempre.

No sólo la capacidad destructiva de las bombas atómicas justifica su importancia, que también radica en la capacidad material para documentar esta destrucción: el ser humano se ve expuesto, con los medios tecnológicos, a los registros del propio daño causado. En este sentido, las guerras modernas no son masivas sólo en recursos, sino en la capacidad de la sociedad para

³ William H. Tucker. *La ideología del racismo: el abuso de la ciencia para justificar la discriminación racial*. Archivo ONU (5 de mayo 2023) <https://www.un.org/es/chronicle/article/la-ideologia-del-racismo-el-abuso-de-la-ciencia-para-justificar-la-discriminacion-racial>

hacerlas presentes en las demás generaciones, para prolongar su recuerdo en el tiempo: analizando sus registros históricos, representándolas o reflexionándolas desde el arte, el cine, la literatura, la poesía, la filosofía.

“¿Podemos olvidar este destello?”. Se preguntaba Tôge Sankichi al inicio de su poema *Seis de Agosto*, en el que describe el primer ataque atómico de la historia, dando cuenta de la cantidad atroz de cadáveres que dejó a su paso, y la condición tan desastrosa a la que quedaron sometidos los sobrevivientes. De hecho, hay una categoría que designa a los supervivientes de las bombas de Hiroshima y Nagasaki: Hibakusha, que significa ‘persona bombardeada’. Muchos de ellos, al igual que Tôge, dedicaron el resto de sus vidas a la lucha contra la proliferación de armas atómicas y nucleares. La mayoría de ellos moría a causa de las secuelas de la alta radiación a la que fueron expuestos. Pero no sólo los japoneses, quienes directamente lo experimentaron, van a reflexionar sobre las bombas atómicas: el mundo entero lo hará.

Evidentemente, no habrían bastado sólo los relatos de los supervivientes para mostrar al mundo el horror. Las imágenes de la gran columna de humo, rematada en forma de hongo, fueron captadas por los propios atacantes, ya sea como un asunto de experimentación científica-militar, o bien como una estrategia de disuasión política. En todo caso, Hiroshima y Nagasaki representan el mayor poder de destrucción jamás alcanzado, el gran invento de la guerra moderna. Y como tal, debe reconocerse que la política global, tras aquél hecho, se basó, precisamente, en la no utilización de este tipo de armas en la guerra: sobre esta base se estableció el modelo bipolar de la Guerra Fría.

También, así como se ha establecido un recuerdo general sobre las capacidades destructivas de la guerra, ha quedado para la conciencia de las generaciones futuras, la conciencia histórica de los niveles de barbarie a los que puede conducir la xenofobia y el racismo. Es ya para nosotros, personas del siglo XXI, más que conocido el relato, desde el cine, principalmente, del holocausto que perpetraron los nazis en la Europa ocupada: una Europa que permitió, vio y calló lo que estaba pasando. Un holocausto, y una lógica racista que se sustentaba sobre los argumentos racistas científicos mencionados por Tucker, llevados a una posición completamente radical.

Es así, que la sociedad, ante tales crímenes masivos, haya tenido la necesidad de buscar un efecto analgésico a este dolor infligido. Por una parte, justificándolos desde un punto de vista científico, político, militar, económico, etc. Pero, también se puede hablar de la búsqueda de un efecto analgésico: como una pretensión de resarcir de alguna manera, el dolor que se ha causado.

Precisamente, el organismo que se estableció al término de la segunda guerra mundial, tomando como referente el holocausto y las bombas atómicas se erigió sobre los pilares de la paz, y el fin de toda forma de discriminación, que aún a nuestros días funciona sobre las mismas bases. Así reza el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, documento fundacional de la ONU:

“Nosotros los pueblos de las naciones unidas resueltos
a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que por dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles,
a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas,
a crear condiciones bajo las cuales pueda mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional,
a promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad...”⁴

Ahora bien, que los fundamentos políticos de la sociedad sean la paz y el fin de la discriminación, no lleva a la realización inmediata de esta pretensión. De hecho, son pretensiones que, por otra parte, se ven enfrentadas a las otras consecuencias de la guerra y los conflictos modernos, algunas de las cuales ya se han mencionado. Los conflictos no han cesado de producirse, y no han dejado de alimentarse: la dinámica de la guerra fría alimentaba los conflictos de las regiones externas a las dos potencias, a fin de que estos no llevaran a la confrontación directa entre las dos grandes potencias, que implicaba una confrontación nuclear. Tampoco cesaron los conflictos étnicos y raciales, que se vieron potenciados tras la descolonización. Por otra parte, no es extraño que las argumentaciones racistas de carácter ‘científico’, reaparezcan entre el público periódicamente, sustentada por diversos grupos políticos de índole nacionalista, sectarios religiosos y demás.

Otro aspecto a tener en cuenta respecto de la memoria es el grado de politización al que el mundo fue llevado durante los años de la guerra fría, de manera que otros conflictos quedaban excluidos de la escena política. Uno de los hechos, en el que más se refleja el grado de polarización política que va a gestar esta guerra es la de la Guerra Civil Española. Como se desarrolló justo antes de la Segunda Guerra Mundial, y como con ella se terminaron de gestar las alianzas políticas desde las que este conflicto partiría, ha encarnado la pugna entre las fuerzas de la derecha y la izquierda, ya en ese momento, representadas por el nacionalsocialismo y el comunismo. Sin embargo, “ni los partidos del comunismo moscovita, ni los de inspiración fascista tenían una presencia importante en España antes de la Guerra civil, ya que allí se daba una situación anómala,

⁴ Carta de las Naciones Unidas. 1946.

con predominio de los anarquistas de ultraizquierda y de los carlistas de ultraderecha” (Hobsbawm, 1994. Pág, 162) Es decir, en España, la pugna se daba entre un movimiento restaurador de la monarquía (por tanto, una derecha no fascista) y un movimiento anarcosindicalista bastante fuerte. Las fuerzas que dieron origen al conflicto civil son fuerzas particulares que se han desarrollado en la España, pero el inicio del conflicto hace que internacionalmente se produzca, en primer lugar, una intervención militar, seguido de una profunda ideologización del conflicto, al punto de que el verdadero origen del conflicto quedó acallado por las imposiciones políticas de los países de donde emanaban estas doctrinas.

Sobre los conceptos de deuda y culpa, se encuentra en el siglo XX que el inicio de los conflictos tecnológicos va a marcar un cambio en la concepción de los conflictos, precisamente a través de la introducción del elemento de la culpabilidad. La responsabilización de los crímenes a una entidad nacional, un líder civil o militar, etc.

En el caso específico de la Primera Guerra Mundial, al finalizar las hostilidades, el famoso tratado de Versalles, en su apartado de sanciones, reconoce que las potencias aliadas acusan personalmente al, ya en ese momento exemperador de Alemania “por ofensa suprema contra la moral internacional y la autoridad sagrada de los Tratados”, no como un juzgamiento general por las consecuencias de la guerra, sino un juicio formal, en el que se instituye un tribunal que “juzgará las causales inspirado en los principios más elevados de la política entre las Naciones, con el fin de asegurar el respeto de las obligaciones solemnes y los compromisos internacionales así como la moral internacional...”⁵. Si bien puede evidenciarse aquí un profundo sentido moral que invocan los países firmantes, el tratado se suscribe con la intención de mantener el debilitamiento de Alemania, pues las reparaciones exigidas eran insostenibles.

Ya en el caso de la Segunda Guerra, no es necesario decir el grado de culpabilidad que se atribuye a Hitler específicamente, al Partido Nazi en general, tanto por las consecuencias mortales de la guerra, como por las consecuencias morales del genocidio. Como ya mencioné, en gran medida, las bases jurídicas de los estados actuales pretenden evitar que se puedan volver a establecer gobiernos con fundamentos similares.

Sin embargo, analizando desde los aportes nietzscheanos, la responsabilización de alguien o de un grupo específico, no deja de ser una culpabilización de la raza humana. Ya que, en todo

⁵ Tratado de Versalles (1919). Pág. 115. Parte VII, Artículo 227

caso, resulta evidente a la civilización misma, que el grado de destrucción compete a todos, cuestión que no se restringe solamente al campo bélico, sino que trasciende a otras áreas como la ecología, como podemos apreciar en el llamado actual a tener una especial preocupación por los asuntos ambientales. La guerra moderna se ha esparcido por el globo, y los recursos y armas que ella utiliza también. Las experiencias nefastas de las guerras mundiales que parecían haber logrado el hastío del mundo con el tema bélico, terminarán por hacer justo lo contrario: el sometimiento de población civil, matanzas, exilios masivos, todo ello se ha convertido en experiencias cotidianas, cuestión que se evidencia en nuestra propia región.

Pero, el ser humano no solamente carga y arrastra consigo la culpa de los crímenes que se han cometido, ni siente sólo el peso de la deuda de los daños infligidos a la sociedad. La impersonalidad de la guerra moderna, que ya desarrollé anteriormente, permite que los seres humanos, al mismo tiempo, suavicen para sí mismos la carga de la culpa, a través de la demonización del adversario. Dado que las armas que posee el ser humano pueden fácilmente abatir sin ningún inconveniente gran cantidad de personas, discursivamente se crea un lenguaje que o bien directamente atribuya un carácter de maldad innata al adversario, que justifique su completa aniquilación, o bien se desprecia el valor de la vida del adversario hasta el punto de que su existencia es simplemente irrelevante.

En este sentido, considero que las innovaciones tecnológicas pueden tener un rol ambivalente en la propia opinión que nos formamos de ellas. Es decir, así como en el apartado de la memoria señalaba como a través de los medios tecnológicos, podía establecerse el recuerdo permanente de estos conflictos, también los medios tecnológicos brindan diversas formas de escape a la crudeza de la realidad de estos conflictos. De hecho, estos medios de escape pueden generar muros insalvables, en los cuales, por el nivel de politización que pueden adquirirse a través de ellos, hay una desconexión total entre la realidad de las víctimas y las personas del resto de su entorno: entre el campo y la ciudad, entre los barrios o zonas periféricas y las centrales, etc. Sumado a esto, los avances tecnológicos generados por la investigación en el campo militar, permitirá descubrimientos y experimentos completamente necesarios para el mantenimiento de la sociedad: formas de energía, el uso y exploración del espacio exterior, medicinas, que también se usa como uno de los argumentos para justificar la guerra, sin tener que detenerse, o para evitar detenerse en las consecuencias.

Grandes cambios han concedido a la humanidad los avances científicos y tecnológicos, como se ha visto. Teniendo en cuenta todos estos elementos, es preciso que miremos ahora en la dirección que se ha propuesto desde el inicio de este texto. Saber si estas transformaciones afectan el campo de la moral y, si lo hacen, en detrimento o en favor de la moralidad establecida.

Conclusiones

A través de la exposición de algunos acontecimientos históricos, se pone de manifiesto el profundo influjo de los avances científicos y tecnológicos sobre todos los estamentos de la vida social y cultural, y así, también sobre las distintas nociones que comprenden la conciencia, y la mala conciencia. Como puede apreciarse, los niveles de destrucción, crueldad, producción y capacidad de movilización transforman la forma de relación entre los individuos, entre los individuos y los estados, y entre los estados también. Respecto a la memoria, se hace evidente a nuestro tiempo la transformación radical de las relaciones entre las generaciones nuevas y las precedentes, un cambio en la percepción del pasado, tanto con el pasado lejano como con el inmediato.

El primer aspecto para tener en cuenta es que, en los términos que emplea Nietzsche, habría una gran complejidad al momento de analizar si la crueldad pueda ser afirmativa, ya que cuenta con este carácter ambivalente. Por una parte, hace gala de un notable desprecio por la vida y, al mismo tiempo, toda la investigación que se pone al servicio de la máquina bélica termina por generar otros usos que pueden usarse en el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas. Los ejemplos más comunes y llamativos de esta situación son, la tecnología aeroespacial, que comenzó su desarrollo y tuvo su auge en la guerra fría y, ligada a esta, el desarrollo del internet, fundamental en el mundo de hoy. Aquella crueldad personal del dominio y la ambición, que goza del sufrimiento causado, parece haberse enseñoreado del mundo por un tiempo, sin embargo, la impersonalidad de los daños, atribuidos a los medios tecnológicos, diluye la percepción de crueldad para el mismo que realiza los actos. Seguramente, “jóvenes pacíficos que sin duda nunca se habrían creído capaces de hundir una bayoneta en el vientre de una mujer embarazada tenían menos problemas para lanzar bombas de gran poder destructivo sobre Londres o Berlín” (Hobsbawm, 1994. Pág. 58). Si la sociedad considera moralmente inaceptable el asesinato de personas, el argot tecnológico-militar las desaparece, en la medida en que ahora existen blancos, objetivos válidos, no personas. Y se debe reflexionar profundamente, hasta qué punto la politización del discurso atraviesa la línea de la adversidad política, pues viendo que la deshumanización del enemigo es tan corriente, también la deshumanización de los ciudadanos que son contrarios a los fines de los estados.

Además, la influencia tecnológica también puede verse reflejada en aquella crueldad que se dirige hacia el interior, la que aplican los individuos contra sí mismos. Las formas de organización política y social, partiendo desde las del plano internacional, hasta los diversos organismos nacionales y regionales, como se mencionó en el capítulo anterior, en gran medida se establecen sobre la pretensión de evitar hechos similares al de las guerras mundiales. Por una parte, se trata de enfatizar o de enraizar en los individuos un sentimiento de rechazo a la acción humana. Hay un rechazo desde la interioridad por la actividad humana, se gesta un desprecio significativo por la vida.

En cuanto la memoria, la cual, para Nietzsche, recordemos, debió de constituirse por medios bastante crueles y dolorosos en los primeros estadios de la humanidad, e incluso durante la mayor parte de la historia. Pero, el afianzamiento de los grupos sociales permite que haya una relajación y flexibilización de los métodos para coaccionar a las personas. Pues bien, los medios tecnológicos permiten poner a las personas frente a las consecuencias de sus actos, o permite revivir y repetir los actos en sí. El que estos hechos puedan conservarse de manera extendida en el tiempo, sirven como una forma de disuadir, como una forma de enfrentar a los seres humanos con un dolor posible, más que con un dolor real. Con los medios tecnológicos, se profundiza la relación psicológica y emocional con el dolor, pues, como se dijo, los medios tecnológicos permiten la anticipación de los hechos para el mantenimiento del orden mediante el miedo. Un gran chantaje se ha impuesto a la humanidad, el de que debe seguir los lineamientos de la sociedad, pues, de lo contrario, un daño absoluto, definitivo e irreparable puede caer sobre ella.

Es así como, desde los conceptos nietzscheanos, podría afirmarse que los medios tecnológicos sirven a la profundización de la interioridad, la ampliación del mundo interior. Los cambios sociales más importantes gestados en el último siglo, tienen que ver con las libertades civiles, la posibilidad de que los seres humanos, legalmente, tengan la garantía de ciertos derechos, y es el acceso a estos derechos lo que ha motivado gran parte del movimiento social a nivel global: el reconocimiento de las comunidades negras y el fin de sistemas de segregación racial, la igualdad de la mujer en términos políticos y jurídicos, la aparición de la juventud como una fuerza renovadora y creadora del futuro en los movimientos estudiantiles, y en las artes la masificación de ella y de los artistas con el arte pop y la aparición de las 'estrellas' del Rock. Es innegable que estos cambios producen una transformación significativa de la moral de una sociedad, no hay duda de que el alcance actual de las políticas dedicadas a la igualdad de género, a la erradicación de la

xenofobia y demás, generan unos cambios culturales que muestran una moral que pareciera diferente, pero que, al igual que el lenguaje de la guerra moderna, podríamos decir que también se traduce en una impersonalidad respecto a las prácticas morales. Es decir, dado que el mundo del mercado ha permitido derruir ciertas limitaciones impuestas por la cultura, las personas asumen una impersonalidad y una reserva, un silencio que, en cierta manera, al quedar acallado, es absuelto.

Las herramientas digitales que el humano ha desarrollado para sí mismo, por ejemplo, se han convertido en una extensión de ese mundo interior, en el cual los seres humanos pueden contantemente reafirmarse sin la necesidad de la interacción directa con los otros. La individualidad es un elemento importante para Nietzsche, pero él resalta que esta individualidad para que sea conciencia, debe expresarse hacia afuera, no al contrario.

El avance tecnológico entonces, no solamente afianza los valores reactivos y la mala conciencia, sino que también propicia transformaciones que permiten vislumbrar la posibilidad de proponer nuevas formas de valoración moral. El surgimiento acelerado de las tecnologíasw permite encontrar nuevas expresiones que permiten cambiar el paradigma del desprecio de la vida, por una nueva valoración que la afirme, una moral de la actividad y de la creación que permite superar la valoración reactiva. La dificultad radica en que las fuerzas reactivas predominan, y siempre surgen para evitar la superación de ellas.

Es evidente que el renunciamiento a la tecnología y a la ciencia es una imposibilidad, en cualquier caso, y este es el gran dilema al que se enfrenta la sociedad actual, es que parece quedar demostrado que el camino de la tecnología no necesariamente puede ir en el camino deseado. Pero, a pesar de tener la plena seguridad de este hecho, el ser humano tampoco puede negar completamente el uso de la tecnología, que, como se explicó al inicio del segundo capítulo, es muy anterior a la aplicación del conocimiento científico, si bien en la actualidad parecen estar equiparados. Es así como la sociedad, paradójicamente, recela de los límites de la actividad tecnológica, a la vez que no puede dejar de pretender en su avance.

Bibliografía

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23^o ed. [versión 23.4 en línea]. <<https://dle.rae.es>> (acceso el 10 de agosto de 2020)

Nietzsche, Friedrich. Genealogía de la moral. Madrid, Alianza Editorial.

NACIONES UNIDAS: Carta de las Naciones Unidas, 24 de octubre de 1945. <<https://www.un.org/es/charter-united-nations/index.html>> (acceso el 26 de octubre de 2020)

Hobsbawm, Eric. Historia del Siglo XX. Buenos Aires, CRÍTICA (Grijalbo Mondadori S.A)

Deleuze, Gilles. Nietzsche y la Filosofía.

Deleuze, Gilles. Nietzsche.

Ferrater Mora, José. Diccionario de Filosofía.

Cubillas Cañellas, Jesús. De la culpa y la mala conciencia en Friedrich Nietzsche. Universitat de Girona (2020)

TRATADO DE VERSALLES: Copia del archivo entregada al gobierno de Honduras, 28 de junio de 1919.

<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKewjdjafprc6AAxWCmnoFHWN7CEkQFnoECA8QAQ&url=https%3A%2F%2Fwww.cervantesvirtual.com%2FdescargaPdf%2Ftratado-de-versalles%2F&usg=AOvVaw3mspPLE7AhLE4actSq5dfC&opi=89978449> (acceso el 12 de diciembre de 2022)